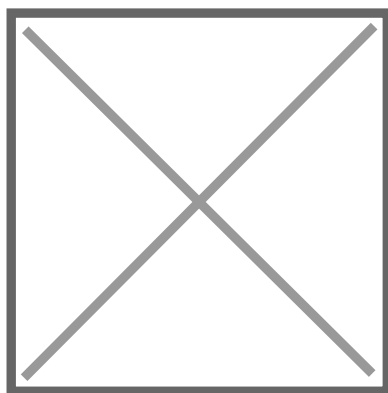




EN LAS ARENAS DEL RÍO SANTIAGUINO

El Mapocho recupera la memoria histórica

Solemne y humorístico libro de memorias escrito por Ricardo Puelma nos devuelve a zonas para la risa y para el llanto de nuestra identidad nacional.

ENRIQUE LAYRORRA

Mercando por el Paeque Roestral a ver si experimentaba un encuentro con el enano galeico vigilado por dos carabineros a caballo —el enano, no yo— me acerqué al río Mapocho que despedía hedores muy terribles. En mis moros "Arenas del Mapocho", un libro escrito por Ricardo Puelma López, que su autor, modesto funcionario de empresas públicas, publica hacia 1941 en la Litografía Córdova. Con gran esfuerzo consiguió regalar como 30 ejemplares. Al menos, así lo explicaba mi profesor de Filosofía, poeta, ensayista, conversador intachable sobre este asunto y el otro, que fuera nuestro inolvidable amigo Luis Oyazún Peña.

Guataba nuestro maestro leamos párrafos (a los polluelos que conformaron la Generación del 50) de este libro de Bertiey Puelma. Y explicarnos con loco humor.

Puelma explica: "Santiago, era mi ciudad, mi vieja ciudad colonial. No me importa que ahora tenga una mascarita a la moderna". Y dedicaba párrafos a explicar cómo en esta ciudad había aprendido a besar. Su primera amor, por supuesto, "Aquí aprendí a sufrir por todas las mujeres, por esa que me humilla con desprecios".

Entre la inocencia y la pillería

Puelma, en este escrito, oscila entre la honda meditación hasta las olvidadas más infantiles. Es un "naïf" importante. He conocido estos aires en estado de gracia que alientan la mesetad de dejar por escrito las minucias de sus desamadas vidas. ¿Por qué no? ¿Acaso la existencia no es minuciosamente absurda? Puelma se casa muy joven. Se casa sin tener casa. Con su novia y luego esposa, edifican una en Nudon, con tablas en desuso, como pastores, como emigrantes. Tienen nuestro escritor muchos libros en sus diversos y modestos cuartos. Le ocupa en los a los famosos, en especial a Joaquín Edwards Bello y Hernán Díaz Arrieta. Admira su crónica y el hecho de que ambos hubiesen nacido "aristócratas", aunque de Edwards Bello, sin perjuicio de reconocerlo como "el mejor novelista criollo de

nuestro siglo", escribió que era "leño de copinano".

Detestaba a la Mistral

Asignaba que tanto sus versos como su prosa tenían un estilo "terribles", en un esfuerzo por darle vida propia al lenguaje criollo. Según nuestro escritor, la Mistral odiaba el estilo "arico y barbilindo" muy a la moda entonces.

Justamente hemos oído en Gabriela su aproximación devota y bellísima, creadora, admiradora, del gran espíritu de la lengua de Santa Teresa y los clásicos peninsulares, entreteñida por criollas expresiones de su tierra nortina. Puelma explica cómo perdió el cliente leyendo "Ica". Dice en sus memorias: "Lo tuve que dejar de leer porque me fallaba el alre. Me aburría en ese obsequio seña de pensamientos raros".

También cuenta cómo una buena tramita comenzó a cantarle las canciones de cuna, con letras de la poetisa, a su hijo. "El nene, en vez de dormirse, se puso a llorar a gritos". La conclusión de Puelma: "He aquí un pequeño homenaje que aunque no tenga el colorido muy maduro, no le gustaban las letras muy profundas".

También encontró espantosos los versos "Canciones de Cuna" que hacían estallar a gritos pelado a los niños. Según Puelma, no podían competir con el clásico sisonilero, el "Arrieta-trupá".

Puelma, de acuerdo a sus memorias, era un romántico que alcanzó a enamorarse a algunas niñas. Con resignación y subterfugio escribió ya muy anciano:

"Fui con un pie dentro del cajón, pero me afirmo desesperadamente con el otro en tierra para aferrarme a una mujer. Yo no la solté jamás, porque el día que me deje habrá caído mi única razón de existir y cerraré yo mismo la tapa de mi ataúd".

Fuero mala suerte con las Eloísa, Julieta, Melisanda y Beatrice. Cito: "Apareció en mi vida cuando yo era un anciano decrepito, una rubia feía rodeada por malos incurables. Cuando la conocí me separaba el abismo de 40 años. Ella tenía 20 y yo 60. Sin embargo, en amor físico ella lo sabía todo y yo no sabía cosa nada". Concluyendo que "la designa amorosa de muchos hombres y de todos



los viejos está en saber que la mujer es sólo un animal cortizable y en no poder pagar su precio".

Epigramas y greguerías

Seguro que nada supo este don Ricardo Puelma de la visita de Ramón Gómez de la Serna, trasido por el cuerpo médico de Santiago por que los neuróticos con un toque de homocidio surmilitar. Don Ricardo estaba ocupado levantando su mejor para transformar a su novia en esposa legítima. Y hacía tiempo que, por su cuenta y riesgo, se había ido a crear sentencias, aguijones, irrisaciones, ingeniosos. Aquí, las memos.

"Para que un viejo sea afortunado en amor, lo primero que tiene que hacer es poner su corazón en la billeta".

"Hay besos de pasión que parecen mordiscos de lobos".

"Se necesitan por lo menos 10 mil horas de porra para tapar las desventanas mor-

ales de nuestros burócratas fiscales".

Fuero última meditación poética resultó extraordinariamente oportuna en estos días en que Chile vive el milagro ecodónico, la un millón al dedo de los grandes ingenios que nos manipulan.

Sigamos. A Puelma le interesa especialmente encender luces sobre los misterios de la carne y el corazón. "Un viejo iluminado de amor es como un callo o un funículo perfumado".

Como leonas, agudo, lerco. Decía del mundo: "Humanidad, creación del monstruo más espantoso para que te decorara la Maquinaria".

Puelma fue una mezcla de pequeño burgués prudente y asustado con un purismo solitario y nada de tentos. Vivía preocupado del poder que ejercían las viejas leas. Ejemplo: "Las viejas leas son las mejores directoras del tránsito de la moral. Cuando uno patea una sexualmente le pasan parte ante todo el vecindario". Sus revelaciones y consejos sorprenden: "Cuesta mucho digerir una idea inteligente. Conviene que se ataje en el cuerpo de los hombres y les produce una risa inconfundible". Había descubierto un ungüento mágico para componer viejas. Aquí va, en forma exclusiva para mis lectores: "No hay crema mejor para rejuvenecer a las viejas leas que el pelambre".

Muy interesante esta sentencia: "La experiencia es como la digestión: uno mismo tiene que hacerla. Las digestiones de los demás no nos interesan". Así era este don Ricardo Puelma, el caballero más tímido, que se hacía el cacho, este Puelma casi invisible que llevó páginas con sus observaciones sobre Santiago de Chile especializándose en los habitantes que circulaban por la Alameda de las Delicias y por los Callejones de las Caricias. El arquitecto ramatado del criollo esencial. Ricardo Puelma López habría sido un ser invisible, una partícula, un compendio de polvo, en fin, sus memorias, las "Arenas del Mapocho". Donde él es un antihéroe como los de los grandes cuentos de Manuel Rojas. Olegario Lazo, Pablo García, Carlos Lazo, El Mapocho, hoy, casi no arrastra agua. Tiene muy poca arena. Lo está aserrando. La hacienda, con sus tribunales mayores y menores, vigila y condena hasta el buen humor. El garbato se permite. La ebriedad. Se permite y estimula el desarrollo de los "gays" y las lesbianas como los privilegiados ciudadanos del mundo nuevo. Pero la delicada, asexual, risa, se pisorre. A Puelma, hoy, lo habrían crucificado.

El Mapocho recupera la memoria histórica [artículo] Enrique Lafourcade.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lafourcade, Enrique, 1927-2019

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Mapocho recupera la memoria histórica [artículo] Enrique Lafourcade.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile